



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Perú: sendero luminoso y horizontes ocultos

Autor: Favre, Henri

Forma sugerida de citar: Favre, H. (1987). Perú: sendero luminoso y horizontes ocultos. *Cuadernos Americanos*, 4(4), 29-58.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 4, (julio-agosto de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

PERU: SENDERO LUMINOSO Y HORIZONTES OCULTOS

Por Henri FAVRE
CNRS, FRANCIA

Las urnas y los fusiles

EL 17 de mayo de 1980, al tiempo que los militares que habían estado en el poder los últimos doce años se disponían a regresar a los cuarteles y los ciudadanos se preparaban para elegir al presidente de la República y a sus representantes ante el Congreso, un grupo de desconocidos, luego de apoderarse del ayuntamiento de Guschi, quemó las listas electorales de ese pequeño poblado andino. El incidente pasó en aquella ocasión inadvertido. En efecto, en el resto del país las elecciones se desarrollaron con la mayor tranquilidad; éstas debían dar el triunfo a Fernando Belaúnde Terry, a quien el ejército había expulsado de la presidencia en 1968, así como a la coalición conservadora, formada por Acción Popular y el Partido Popular Cristiano, que lo había apoyado durante su primer mandato.

El desarrollo de la actividad insurreccional

EN los meses siguientes se produjeron atentados con explosivos en diversas localidades del país. Al no causar víctimas ni grandes daños materiales nadie se alarmó, si bien la identidad de los autores, mantenida en el más estricto anonimato, intrigó y dio pábulo a la especulación. Para algunos, eran grupos nostálgicos del difunto régimen militar; para otros, aparentemente mejor informados, estos *petardistas* eran militantes de un pequeño grupo de extrema izquierda llamado Sendero Luminoso por las escasas personas que tenían conocimiento de su discreta existencia. Sin embargo, se requería algo más que la detonación de unos cartuchos de dinamita para inquietar a la opinión pública que con la restauración belaudista celebraba el regreso al orden constitucional.

El 5 de noviembre unos veinte hombres y mujeres con el rostro oculto tras un pasamontaña sitiaron Vischongo, cabecera de un distrito de Ayacucho, e izaron la bandera roja con la hoz, el martillo y la estrella de oro. Los senderistas —ya no cabía entonces la menor duda— acababan de perpetrar su primera acción guerrillera. El 23 de diciembre se apoderaban de la granja San Agustín de Ayzcara asesinando al propietario; Sendero cobraba su primera víctima. En 1981 la inseguridad se extendió primero a cuatro, luego a cinco de las siete provincias del departamento de Ayacucho (Cangallo, Huamanga, Huanta, La Mar y Víctor Fajardo). En esa región interior del centro-sur de la Sierra, los atentados contra puentes, edificios públicos y cables de corriente eléctrica y telegráfica se hicieron cada vez más frecuentes y de mayor magnitud. Por otra parte, las acciones guerrilleras llevadas a cabo por unidades que comprendían entre veinte y cincuenta partidarios —a menudo encabezadas por mujeres— se multiplicaron. Tras ocupar algunos poblados destruyeron sistemáticamente los puestos de la Guardia Civil allí establecidos. De esta suerte, la bandera roja ondeó en Tambo el 11 de octubre, en Totos el 10 de diciembre, en San José de Secce el 6 de enero del año siguiente y en Vilcashuamán el 20 de agosto. En 1982 la agitación se propagó a la provincia de Andahuaylas, en el departamento de Apurímac, y a la de Angaráes, en el departamento de Huancavélica. La granja modelo de la Universidad de Ayacucho era saqueada mientras las minas Canaria cerraban con el despido de más de trescientos obreros a causa de los repetidos asaltos de que eran objeto. Aunque reforzada por elementos de su Unidad de Servicios Especiales (los famosos *sinchis*), la Guardia Civil se vio obligada a evacuar las zonas rurales y a replegarse a los centros urbanos de la región. Éstos no quedaron tampoco a salvo de los ataques de Sendero. La noche del 2 de marzo de 1982, en pequeños grupos de cinco o seis personas, un centenar de senderistas se adentró en la ciudad de Ayacucho. Tras cortar la corriente eléctrica tomó por asalto la prisión y liberó a 297 detenidos, entre los que se encontraban todos sus camaradas capturados por las fuerzas del orden en los meses anteriores. Neutralizadas en sus posiciones por tiros de armas automáticas, la Guardia Civil, la Guardia Republicana y la policía los dejaron dueños de la ciudad buena parte de la noche. Esta operación, notablemente preparada y no menos extraordinariamente ejecutada por comandos bien entrenados cuyos movimientos estuvieron perfectamente sincronizados, sorprendió más por la técnica demostrada que por la audacia de que hizo gala. Pronto se evidenció que había podido realizarse gracias a la ayuda que numerosos cóm-

plices prestaron a los asaltantes de la plaza. En efecto, un sector de la población urbana parecía apoyar lo que se revelaba progresivamente como una verdadera insurrección. La cantidad de *slogans* a favor de la lucha armada escritos en las bardas de las barriadas atestiguaban este hecho al igual que la frecuencia con la que, en la noche, en lo alto de las colinas aldeañas, resplandecían hoces y martillos esbozados mediante hachones. Tras el entierro de la estudiante Edith Lagos, caída con las armas en la mano en el curso de un combate contra la Guardia Republicana, nadie pudo ya ignorar por más tiempo los verdaderos sentimientos de un gran número de ayacuchanos. El 11 de septiembre, una muchedumbre de entre diez y quince mil personas, es decir, cerca de la mitad de los habitantes de Ayacucho, siguió el féretro de la joven cubierto con la bandera roja, desde la catedral hasta el cementerio, entonando a lo largo del recorrido himnos senderistas.

Hasta los comienzos de 1982 Sendero no había llamado la atención de los limeños más que por algunos atentados sin importancia. El 26 de marzo se dio a conocer de manera más espectacular, al dinamitar los cables de suministro de energía eléctrica y al sumir en la oscuridad, durante largas horas, a toda el área metropolitana, al igual que a un amplio sector de la costa central y septentrional. El 19 de agosto provocó, mediante otro sabotaje a las torres eléctricas, un nuevo corte de corriente que fue aprovechado por algunos comandos para atacar simultáneamente diferentes barrios. Las medidas tomadas por las autoridades y anunciadas ruidosamente con miras a calmar la inquietud de seis millones de habitantes que descubrían con estupor su vulnerabilidad, resultaron ineficaces. Las interrupciones de corriente, acentuadas por actos de terrorismo urbano, prosiguieron impunemente. El 27 de marzo de 1983, aprovechando la oscuridad, los senderistas prendieron fuego a los establecimientos Bayer. El 21 de julio atacaron con metrallera y dinamita la sede central de Acción Popular con un saldo de dos militantes accionpopulistas muertos y cerca de treinta heridos. El 22 de octubre acabaron de destruir el local del partido gubernamental, dinamitaron la sede de la Confederación General de Trabajadores del Perú y causaron daños al Ayuntamiento de Miraflores, así como a numerosos comercios de ese sector residencial. El 31 de diciembre obligaron a los limeños, privados nuevamente de luz eléctrica y que aprendían difícilmente a vivir bajo el temor, a esperar el Año Nuevo alumbrándose con velas y contando las explosiones.

Mientras tanto, en la Sierra la lucha se intensifica en la medida en que las fuerzas del orden, apoyadas por el ejército desde prin-

cipios de 1983, pasaban por fin a la ofensiva. Sendero alistaba entonces unidades de doscientos combatientes que se lanzaban a acciones guerrilleras día a día más sangrientas a causa de la nueva resistencia a la que debían hacer frente y que afectaba cada vez más a la población civil colocada entre dos fuegos. Al aproximarse las elecciones provinciales y municipales de noviembre de 1983, que los senderistas trataron de impedir, se fue extendiendo lentamente el teatro de operaciones a la provincia de Lucanas, en el departamento de Ayacucho, así como a las provincias de Acobamba y Huancavélica, en el departamento de Huancavélica, cuya cabecera fue tomada el 15 de octubre. La actividad terrorista se agudizó en los departamentos de Puno en el sur, Pasco en el centro y La Libertad en el norte, como hubo de reconocerlo el Ministerio del Interior en un documento entregado a la prensa en septiembre. Su presencia se intensificó en Cajamarca, Cuzco, Huánuco y Moquegua, departamentos que hasta entonces habían permanecido en calma.

Los resultados del escrutinio del 13 de noviembre de 1983, que permitían evaluar con relativa precisión la influencia de Sendero en la población, se publicaron con retraso y de manera incompleta. El 10. de marzo de 1984, el Jurado Nacional de Elecciones no había comunicado aún las tasas de participación electoral por provincias y por distritos, de suerte que todavía es imposible saber dónde y en qué medida se acataron las consignas de abstención lanzadas por la insurrección. Con todo, en esa fecha se sabía, de fuente oficial, que las elecciones no se habían podido efectuar en 4 de las 159 provincias del país y en 83 de sus 1 541 distritos. En Cangallo, Huanta, La Mar y Víctor Fajardo, los escasos candidatos para los consejos provinciales se habían retirado la víspera del escrutinio a causa de las amenazas de muerte recibidas, amenazas que, por lo menos en un caso, se cumplieron. Las razones que impidieron la renovación de los consejos municipales en 83 distritos son, sin duda, más variadas, pero se supone que, al menos en 73 de estos distritos, de los cuales 60 se encuentran en los departamentos de Ayacucho, Apurímac y Huancavélica y 8 en el departamento de Puno, se debieron asimismo a la ausencia de candidaturas imputable a las medidas de intimidación senderista.

Algunas cifras, en forma de balances anuales, resumen el desarrollo de la insurrección desde 1980 hasta fines de 1983. El número de operaciones atribuidas a Sendero (atentados, actos de sabotaje y acciones guerrilleras) que en el 1980 llegó a 261, pasó a 701 en 1981, a 891 en 1982 y alcanzó casi un millar en 1983. El número de víctimas aumentó más que proporcionalmente. En

efecto, la insurrección que sólo había causado una muerte en 1980, costó la vida de 11 personas (entre ellas 3 civiles) en 1981, de 130 personas (entre ellas 56 civiles) en 1982, y de 1 955 personas (entre ellas 430 civiles) en 1983. Las fuerzas del orden y sus adversarios perdieron respectivamente 6 y 12 hombres en 1981, 36 y 38 hombres en 1982 y 86 y 1 439 hombres en 1983. Las pérdidas sufridas por los senderistas (cerca de 1 500 muertos desde 1980, a los que hay que agregar alrededor de 2 500 prisioneros) son, por ende, importantes.¹ Sin embargo, la intensificación de la actividad insurreccional en un territorio más extendido en el momento en que estas pérdidas aumentan considerablemente, parece indicar que ellas han sido más que compensadas y que Sendero Luminoso no tiene aparentemente mayor dificultad en reclutar y en entrenar para el combate a nuevos efectivos.

La reacción del gobierno

UN movimiento insurreccional no podía escoger mejor época que la de mediados de 1980 para lanzarse a la lucha armada. El gobierno del general Francisco Morales Bermúdez, a fin de no desprestigiarse, se proponía pasar el mando al término de un proceso que se había definido desde 1978 y al que el ejército estaba decidido a poner fin a cualquier precio. En cuanto a los civiles que los relevaban, no podían inaugurar su retorno al poder adoptando medidas de carácter represivo sin empañar las expectativas de la redemocratización de la que estaban investidos. A semejanza de lo que había hecho en 1964, cuando se enfrentó a las acciones subversivas de algunos intelectuales criollos que pretendían transformar los Andes en una nueva Sierra Maestra, Fernando Belaúnde dejó evolucionar una situación que su predecesor había ignorado. El 8 de agosto, su ministro del Interior afirmaba que no existía ninguna guerrilla. El director de la Guardia Civil fue despedido a principios de septiembre, por haber denunciado "un plan de ultraizquierda para conmocionar al país y alterar la paz pública". A esta afirmación, juzgada como alarmista, el gobierno respondió que los atentados eran obra de individuos aislados. Sendero aprovechó, pues, largos meses de inacción gubernamental para reforzar su influencia.

La primera reacción del gobierno tuvo lugar el 10 de marzo de

¹ Fuentes: Ministerio del Interior y DESCO. Es posible que cierto número de víctimas consideradas oficialmente como senderistas sean en realidad civiles, pues siempre es difícil establecer la distinción en el lugar de los hechos.

1981. Ese día, Belaúnde suscribió el Decreto núm. 46 que definía el delito de terrorismo y estipulaba su sanción. Javier Alva Orlandini, secretario general de Acción Popular y segundo vicepresidente de la República, juzgó tal medida útil pero insuficiente. Sin embargo, no logró convencer a nadie de la necesidad de adoptar otras medidas a fin de controlar una situación cuyo evidente deterioro desmentía día tras día las declaraciones atenuantes de los voceros oficiales. Fue necesario que se destruyera el puesto de la Guardia Civil de Tambo para provocar una reacción más enérgica del ejecutivo. A raíz de este suceso, Belaúnde tomó la determinación, el 12 de octubre de 1981, de decretar el estado de emergencia en las cinco provincias de Ayacucho donde Sendero desplegaba su principal actividad. La instauración del estado de emergencia consistía en suspender las garantías constitucionales y en autorizar a las fuerzas del orden a hacer indagaciones y proceder a detenciones sin orden judicial. Esta medida causó descontento entre la población urbana de Ayacucho y no favoreció el retorno a la calma. A lo sumo, facilitó el arresto de algunos cientos de senderistas tanto en la Sierra como en Lima, mas no impidió que el poder de Estado desapareciera en un creciente número de distritos de los que la Guardia Civil, siempre a la defensiva, abandonaba a la insurrección.

Finalmente, Belaúnde tuvo que tomar en cuenta estos hechos. El 21 de diciembre de 1982 se resignó a llamar a las fuerzas armadas. Un contingente de dos mil hombres del ejército, la armada y la aviación se envió a Ayacucho. El estado de emergencia se extendió a las provincias de Andahuaylas y Angaráes, en tanto que la zona donde estaba en vigor quedaba bajo la autoridad del general Clemente Noel, a quien se le otorgaron todos los poderes civiles y militares. Esta difícil decisión contenía graves implicaciones políticas. Además de constituir un reconocimiento de impotencia por parte del grupo dirigente, encerraba el peligro de hipotecar la libertad de acción del gobierno en provecho de los militares cuyo auxilio había solicitado. Dicha decisión era, no por ello, menos inevitable; más bien se tomó tardíamente. En Ayacucho, Sendero reaccionó decretando una huelga general el 8 de enero de 1983, que se acató en gran medida en la ciudad.

En el curso del mes siguiente, las fuerzas armadas empezaron a desplegarse lentamente en la región. Primero ocuparon las zonas que Sendero no controlaba o que presentaban dificultades para su implantación; luego comenzaron a patrullar los poblados sometidos a las presiones de los insurgentes, donde los militares restauraban los símbolos de la autoridad legal y borrraban los *slogans* revo-

lucionarios. Más adelante el ejército y a infantería de marina se asociaron en operaciones combinadas de rastreo apoyadas logísticamente por la aviación. Sin embargo, el papel principal del "trabajo sucio" seguían desempeñándolo los *sinchis* de la Guardia Civil. Los militares no se dieron, por tanto, ninguna prisa en desatar la represión. La experiencia traumatizante de la lucha contra los guerrilleros de los años sesenta había dejado huellas profundas en sus cuadros. Por otra parte, la actitud de la tropa movía a la prudencia. La desertión de algunos reclutas que se sumaban a las filas senderistas con sus armas condujo al alto mando a expulsar de las unidades a todos los soldados originarios del centro-sur de la Sierra y a no utilizarlos en operaciones militares. No obstante, si a fines de 1983 la insurrección no estaba aún localizada y sí abarcaba nuevas provincias como Lucanas y Huancavélica, a las cuales el 6 de diciembre se aplicó el estado de emergencia, al menos parecía haber sido reprimida allí donde inicialmente se había desarrollado. Por lo demás, al extender su campo de acción con el propósito de obligar a las fuerzas del orden a dispersarse, Sendero ponía al descubierto el golpe que se le había asestado en Ayacucho, región cuyo control se vio obligado a compartir en lo sucesivo con sus adversarios.

Sin embargo, el desarrollo de la contraofensiva de las fuerzas gubernamentales tropieza con serias dificultades. La primera se debe a su falta de preparación general para el combate frente a guerrilleros que atacan por sorpresa y desaparecen en una naturaleza abrupta que conocen y aprovechan admirablemente. Los *sinchis* constituyen el único cuerpo especializado en la lucha antisubversiva. Es de notar, por lo demás, que reciben entrenamiento para luchar en la selva amazónica contra eventuales infiltraciones brasileñas a través de la frontera oriental del Perú. Paradójicamente, durante los doce años que gobernaron en Lima los militares subestimaron en gran medida los problemas de seguridad interna. Creyendo hacer la revolución, al parecer nunca pensaron que encontrarían a su izquierda una oposición de tipo insurreccional. El presupuesto de los organismos encargados del mantenimiento del orden, en particular el de la Guardia Civil, que una vieja rivalidad enfrentaba a los tres grandes sectores de la institución militar, sufrió serios recortes provocando diversos movimientos reivindicativos en su seno. Por otra parte, sin duda como reacción contra las doctrinas norteamericanas que habían prevalecido hasta 1968 haciendo más hincapié en los riesgos de la subversión interna que en los peligros de agresión externa, la política militar se reorientó enteramente hacia la defensa de las fronteras. Dotado de arma-

mento pesado, con frecuencia de origen soviético, que lo coloca en condiciones de hacer frente al hereditario enemigo chileno, el ejército se encuentra hoy en día mal provisto de helicópteros, material de transmisión y equipo ligero que necesita en gran medida en Ayacucho.

La segunda dificultad radica en la insuficiencia del cuerpo de tropas de reserva que, por razones de orden político, el gobierno asigna a las instancias militares superiores con gran moderación. Nadie podría negar que Sendero posee una sólida base popular. En 1982, el jefe del comando de operaciones policíacas de Ayacucho reconoció que recibía apoyo de los habitantes de la región entre los cuales los senderistas llegaban fácilmente a confundirse. En enero del año siguiente, el general Cisneros, ministro de Defensa, declaraba sin rodeos que tal vez habría que dar muerte a sesenta personas para tener alguna oportunidad de eliminar a tres guerrilleros, puesto que era muy difícil distinguir a estos últimos del resto de la población.² Las fuerzas del orden no sólo tienen, pues, que vencer a un enemigo; tienen que reconquistar las mentes y los corazones de toda una región. Su presencia permanente en cada cabecera de distrito parece ser la condición primera del éxito de una operación de reconquista que, de todas maneras, exigirá mucho tiempo. Ahora bien, los guardias civiles, guardias republicanos, soldados y policías, que en total no sumaban más de seis mil hombres a fines de 1983, resultan escasos para controlar sistemática y eficazmente el departamento de Ayacucho y las provincias limítrofes. En consecuencia, se limitan a incitar a la población a oponer resistencia a Sendero, o a jugar con los antagonismos que tradicionalmente enfrentan a las comunidades campesinas, o incluso a atemorizar a los campesinos a fin de hacerles comprender que perdían más si se incorporaban a la insurrección que si adherían al gobierno. Pero incitar a la población a la resistencia sin ofrecerle a cambio protección ni proporcionarle medios de autodefensa, es exponerla a las represalias despiadadas de los senderistas. El 3 de abril de 1983, sesenta y siete campesinos de Lucanamarca que habían manifestado su adhesión fueron salvajemente masacrados a hachazos y a machetazos. Es exponerse también a cometer trágicos errores. El 26 de enero de 1983, ocho periodistas fueron asesinados en las estepas de Huanta por los habitantes de Uchuraccay al tomarlos por insurgentes. Catalizar los conflictos intercomunitarios significa desencadenar una violencia que llega a ser incontrollable y de la que no se sabe exactamente quién sacará ventaja. Y

² Conversación publicada en *Quehacer*, núm. 2 (1983).

recurrir al terror es acabar por destruir psicológicamente a un campesinado miserable ya muy perjudicado por las adversidades que desde hace cuatro años soporta, sin lograr comprenderlas. Inútilmente sangrienta, esta estrategia es, por añadidura, de una eficacia dudosa.

Al hecho de que las fuerzas del orden no tengan prácticamente nada que ofrecer a una población que a menudo carece de los servicios más elementales, se suman las dificultades de su misión. Hasta el presente la represión no se ha visto acompañada de ninguna medida económica o social en favor de una de las regiones más atrasadas del país. En 1981, el equipo del presidente del Consejo había trazado los lineamientos de un plan económico de emergencia para Ayacucho. El plan se envió al Instituto Nacional de Planificación y no se volvió a hablar de él. No obstante, en noviembre de 1983, mientras los ayacuchanos comprobaban con amargura que las autoridades prestaban ayuda a la costa septentrional devastada por inundaciones catastróficas y no hacían nada por ellos, el Consejo de Ministros aprobaba un programa destinado a incrementar la producción y a desarrollar las infraestructuras en el interior del departamento. Sin embargo, no se sabe todavía de dónde procederán los recursos que la aplicación de tal programa supone, ni cómo ni por quién será puesto en marcha. En efecto, los recursos financieros de que dispone el Estado han sido severamente recortados en virtud de la crisis mundial, mientras el Estado mismo no cesa de expandirse desde 1980. Del debilitamiento del poder público, que reviste aspectos tan singulares como inquietantes, Sendero extrae gran parte de su fuerza.

El debate político

DURANTE meses, lo único que pedían los medios políticos y la opinión pública en general era creer en las afirmaciones perentorias del gobierno según las cuales la agitación era un fenómeno superficial, sin alcance ni significado. En el verano de 1980, los diarios de derecha que daban cuenta con gran insistencia de los atentados fueron acusados de burdas exageraciones no desprovistas de segundas intenciones inconfesables. El 9 de noviembre de 1980, *El Diario* escribía todavía que el pretendido terrorismo era pura fabulación de la prensa reaccionaria. No obstante, la condena de tales atentados no era menos unánime. Con el propósito de debilitar a sus autores, la Alianza Popular Revolucionaria Americana,

partido de centroizquierda de la oposición, se asoció a Acción Popular para vilipendiar a sus autores.

Sin embargo, a la izquierda, los innumerables grupúsculos marxistas o marxisantes, cada uno de los cuales pretendía ser más revolucionario que los otros, se encontraban en una posición incómoda. Sendero, en efecto, los conminaba a definirse claramente y a escoger sin ambigüedad entre la vía de la legalidad y la de la insurrección. Penosa, indudablemente, pero no obstante masiva, la elección se hizo en favor de las venturas y desventuras del parlamentarismo liberal. Se concretó en la organización de un cartel electoral. La Izquierda Unida, al margen del cual sólo quedaron algunos elementos trotskistas. El Partido Comunista Marxista-Leninista declaró que los senderistas, esa "peste negra", eran manipulados por los servicios de información con el propósito de desprestigiar al movimiento obrero internacional. "Vándalos", "fascistoides", "asesinos", tales fueron algunos de los calificativos disonantes con que los demás miembros del cartel premiaban a aquellos a quienes los más indulgentes trataban de "camaradas desviados".

El afán de emulación en la invectiva no procedía tan sólo del deseo de manifestar convicciones democráticas. A comienzos de 1981, el movimiento que había llevado al poder a Belaúnde y a su partido comenzó a debilitarse. La política de inspiración económica neoclásica que aplicaba el grupo dirigente, acrecentaba el desempleo sin lograr frenar la inflación. El aumento del malestar social en el país se traducía en movimientos de huelga y desfiles callejeros. Era tentador para un gobierno que tropezaba con graves dificultades reprimir las manifestaciones de descontento popular denunciándolas como otras tantas maniobras senderistas y acusar a la oposición legal que las apoyaba, de encarnar la expresión política de la insurrección. Ciertamente, Belaúnde jamás debió ceder a la tentación de la fusión, pero algunos de sus ministros aconsejaban a la izquierda liberarse abiertamente de Sendero. Gracias a esta actitud, la Izquierda Unida capitalizó sin duda algunos numerosos sufragios de los "decepcionados del belaundismo" en las elecciones provinciales y municipales de 1983 que la promovieron al rango de segunda formación política, inmediatamente después del partido aprista. La posibilidad que hoy entrevé de acceder al poder en 1985 por la vía electoral, la tienta menos que nunca a mostrar cualquier debilidad frente a Sendero. Gran parte de la opinión pública considera a Izquierda Unida el último recurso, junto con el APRA, frente a la guerrilla y a una eventual militarización del régimen en un momento dado.

La hipótesis de un deslizamiento de todo el país hacia una situación semejante a la uruguaya adquirió cierta credibilidad a raíz de la intervención del ejército en la represión. La designación de un jugador de fútbol como prefecto de Ayacucho —única persona que se encontró para desempeñar ese cargo— puso de manifiesto que desde 1982 el gobierno no sólo carecía de recursos económicos. El hecho de que únicamente tres de cerca de dos mil quinientos senderistas encarcelados hayan sido juzgados en septiembre del año siguiente ilustra, por lo demás, la dramática parálisis de un aparato de Estado en proceso de descomposición. En tales circunstancias, las fuerzas armadas aparecían cada vez más como una de las raras instituciones con las que podían contar las autoridades. La perspectiva de su retorno discreto a los bastidores del escenario político, que apenas acababan de abandonar, movilizó a la oposición, la que, sin impugnar la represión, comenzó a denunciar sus métodos con resultados desiguales. De una u otra manera había que hacer ver a los militares que estaban bajo la alta vigilancia de la opinión pública. La muerte de los periodistas en las estepas de Huanta se imputó, por tanto, a guardias civiles disfrazados de campesinos y, con el fin de investigar el asunto, Belaúnde hubo de nombrar a una comisión integrada por un jurista, un periodista y el novelista Mario Vargas Llosa. El informe rendido por la comisión semanas después sólo convenció a los que ya estaban convencidos. No obstante, se daba como probable que los habitantes de Uchuraccay habían sido inducidos por las fuerzas del orden a eliminar a todos los desconocidos que se presentaran en su territorio.³ En agosto de 1983, el informe publicado por Amnistía Internacional acerca de la situación de los derechos humanos en el Perú contribuyó a reavivar el debate. Belaúnde reaccionó torpemente con respecto a este documento que daba cuenta de algunos casos de ejecución sumaria, tortura y desaparición, al declarar que Amnistía formaba parte de una empresa internacional de desestabilización de la joven democracia peruana. Empero, por su parte, la Comisión Episcopal de Acción Social comprobó que había numerosos desaparecidos. A fines de septiembre el Comité de Padres de Familia de los secuestrados del departamento de Ayacucho señaló a la justicia cuarenta y tres casos, y el presidente de la Suprema Corte reconoció que este asunto era motivo de preocupación.

La idea de un diálogo con Sendero lanzada en esa época por

³ *Informe de la comisión investigadora de los sucesos de Uchuraccay*, Lima, 1983.

diversas personalidades sin color político aparente —el Fiscal General de la Nación, entre otros— no prosperó. En septiembre de 1982, el ministro del Interior ya había hecho saber que estaba abierto a cualquier posibilidad de negociación. Aun suponiendo que tales propuestas se hubiesen hecho sin segundas intenciones, carecían de seriedad, pues ¿con quién negociar? y ¿sobre qué bases? El 9 de octubre, Alfonso Barrantes, líder de la Izquierda Unida, trató, sin mucha esperanza, de hacer razonar a los senderistas en el curso de la campaña electoral que habría de entregarle el Ayuntamiento de Lima: "A los compatriotas de Sendero les decimos con toda franqueza que el Perú nuevo no se construye usurpando la voluntad popular... sino sirviéndola con humildad y respeto. El revolucionario auténtico es el mandatarario más genuino de la voluntad organizada, consciente y disciplinada de su pueblo". En seguida hizo un llamado a la Iglesia, a las fuerzas armadas, a los partidos políticos, a las asociaciones de profesionales y a todas las instituciones representativas del país para que se uniesen en un amplio frente de defensa de la democracia contra la insurrección. Algunos días después, los senderistas dinamitaron la sede de la gran central sindical ligada al Partido Comunista de línea prosoviética.

En los medios criollos, la perplejidad y la angustia no han cesado de aumentar frente a estos guerrilleros anónimos que no se sabe muy bien qué quieren, aunque se presiente lo que son y nadie ignora lo que son capaces de hacer. La televisión ha presentado a jóvenes adolescentes de rostro cobrizo, vociferando su odio a la sociedad y clamando su fe en la revolución. La prensa ha mostrado en páginas enteras los cadáveres destrozados de los campesinos de Lucanamarca. Ha dado cuenta, a veces con lujo de detalles mórbidos, de la manera en que fueron masacrados los periodistas en Uchuraccay (ojos sacados, corvas seccionadas, lenguas cortadas y, posiblemente, consumidas en el curso de una comida ritual que sella el pacto del silencio, pacto que, por lo demás, jamás ha sido violado). Por estos ciegos atentados, por la aterradora violencia que desencadena sin poder jamás controlarla, Sendero Luminoso evoca un Perú bárbaro que ha sido reprimido en lo más profundo del inconsciente colectivo y cuya existencia siempre ha sido negada por los criollos. Al afirmar hoy su presencia a través de un movimiento exclusivamente *social*, este otro Perú hace resurgir múltiples miedos ancestrales de base *étnica* que se creían exorcizados para siempre.

Anatomía de un movimiento insurreccional

HA concluido la etapa de las manos desarmadas. Se inicia hoy el tiempo de nuestra palabra armada: levantar a las masas, levantar campesinos bajo las inmarcesibles banderas del marxismo-leninismo pensamiento Mao Tse-tung. Sellamos hasta aquí lo hecho; abramos las puertas al futuro. La clave es la acción; el objetivo, el poder. Eso es lo que haremos. La historia lo demanda, lo exige la clase, lo ha previsto y lo quiere el pueblo, y nosotros debemos cumplir nuestro deber y cumpliremos. Somos los pioneros.⁴

Con estos términos, Manuel Abimael Guzmán Reynoso, alias "Camarada Gonzalo", líder del Partido Comunista del Perú Marxista-Leninista Pensamiento Mao Tse-tung, en otras palabras Sendero Luminoso, clausuró la primera escuela militar del partido en algún lugar de los Andes, el 17 de abril de 1980. Se aprestaba a recoger con las armas los frutos de más de diez años de intensa labor política en el medio popular, de acuerdo a las decisiones tomadas en 1978 durante el IX Plenario del Comité Central que había declarado concluida la reconstrucción del partido y se había pronunciado a favor del paso a la lucha armada tan pronto como las circunstancias lo permitiesen.

Génesis de Sendero Luminoso

SENDERO Luminoso es, pues, la denominación cómoda de uno de los ocho o diez partidos comunistas que existen actualmente en el Perú, denominación que los llamados —siempre por comodidad de lenguaje— senderistas no emplean ni aprecian. Surgió de una de tantas escisiones en cadena que, desde 1964, no han cesado de pulverizar al comunismo peruano. Tras la ruptura entre Moscú y Pekín, los elementos pro-chinos abandonaron, ese año, el viejo Partido Comunista Peruano que Jorge del Prado mantenía bajo la dependencia de la Unión Soviética y que actualmente lleva el nombre de PCP-Unidad. Bajo la dirección de Saturnino Paredes fundaron el Partido Comunista Peruano-Bandera Roja con algunos comités regionales y la gran masa de las Juventudes Comunistas que habían sido entrenadas en la disidencia. Tres años después, en 1967, Bandera Roja atravesó por una grave crisis que se resolvió mediante una escisión. Los que se oponían a la línea de Paredes, congregados en torno a Odón Espinoza, crearon el Partido Comu-

⁴ "Somos los iniciadores", folleto de Sendero Luminoso, abril de 1980

nista del Perú-Patria Roja. Este partido, que se escuda también en la autoridad de Pekín, estalló rápidamente en corrientes centrífugas que dieron origen sucesivamente al PC del P-Puka Llacta (Ciudad Roja en quechua), al PC del P-Estrella Roja y al PC del P-Marxista-Leninista en el curso de los años siguientes. Por otra parte, muchos de sus comités regionales, que habían permanecido fieles a la dirección nacional, se emanciparon después más discretamente para dividirse a su vez en tendencias organizadas. El comité del norte se escindió en un Comité Stalin y una Posición Mao. El comité de Lima se dividió en un Sector Pasache y un Comité Mariátegui, que iba a subdividirse en una Senda Proletaria y una Posición Albanesa.

En 1970, mientras Patria Roja seguía pulverizándose, Bandera Roja sufrió una segunda amputación. Su secretario de propaganda, Abimael Guzmán, se separó y constituyó el Partido Comunista Marxista-Leninista Penamiento Mao Tse-tung, al que se adhirieron los militantes de la Universidad Nacional de Ingeniería y de la Universidad San Martín de Porres, en Lima, así como los de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, en Ayacucho, donde Guzmán enseñaba filosofía. El joven partido, que sólo disponía de apoyo en la capital y en la Sierra Central, emprendió la tarea de extender su implantación geográfica y ampliar su base social creando algunas organizaciones por categorías y por sectores como el Frente de Estudiantes Revolucionarios, el Movimiento de la Juventud Popular, el Movimiento de Campesinos Pobres, el Movimiento Femenino Popular y el Movimiento de Obreros y Trabajadores Clasistas, particularmente activo en los cinturones de miseria limeños. Se esforzó, asimismo, por acrecentar su influencia en las instituciones aparentemente independientes como el Frente de Defensa del Pueblo, la Federación Provincial de Campesinos de Huamanga, el Centro de Información Popular o el Comité Coordinador y Unificador del Movimiento Estudiantil Secundario. Sendero pretendió, pues, contar, desde sus inicios, con una audiencia nacional en todos los medios populares tanto rurales como urbanos. Si su actividad iba a ser más fructífera en el centro-sur de la Sierra, se debió a que allí resultó más intensa por el solo hecho de la presencia de Guzmán y de los principales líderes en Ayacucho. En el organigrama de Sendero, la región integrada por los departamentos de Junín, Huancavélica y Ayacucho dependió siempre de la dirección nacional, mientras que las demás regiones dependían de la responsabilidad de comités regionales.

La Universidad de Ayacucho ofreció a los senderistas una incomparable base logística que, justo es reconocerlo, fue utilizada

con mucha habilidad. Con todo, Sendero jamás llegó a ser allí mayoritario, ni entre el cuerpo docente ni incluso entre los estudiantes, como lo demuestran las modestas puntuaciones que alcanzó en todas las elecciones para los consejos universitarios. Atraía, sobre todo, a los estudiantes de origen rural provenientes de todas las comunidades campesinas del departamento y de las provincias limítrofes. Su fuerte arraigo en la Facultad de Educación le permitió ejercer una profunda influencia sobre los alumnos-docentes y constituir progresivamente con los maestros una vasta red cuya trama se extendió tanto a la ciudad como al campo. Estudiantes rurales y maestros, a menudo nacidos ellos mismos en el campo, eran invitados a establecer lazos estrechos con el medio del que procedían o en el que trabajaban a fin de ponerse a la escucha atenta de las poblaciones locales. Así, se advirtió que los senderistas retornaban con frecuencia a sus poblados con objeto de ayudar en las faenas agrícolas, participar en las fiestas religiosas o asociarse en los trabajos a los que las autoridades convocan año tras año a fin de restaurar edificios públicos, reparar caminos, desazolver canales de irrigación, etcétera. A los ojos de los lugareños, estos jóvenes de uno y otro sexo, tan dedicados a la comunidad, tan respetuosos de las costumbres y las tradiciones, parecían muy diferentes de aquellos que habían marchado a la ciudad, pero que desdichaban a parientes y amigos y, en ocasión de sus muy raras visitas, solían manifestar una superioridad un tanto condescendiente. Al empuñar el palo-sembrador en el campo, al llevar la estatua del santo patrón en las procesiones; en suma, al reafirmar abiertamente su identificación con la comunidad, acumulaban poco a poco un capital de confianza y simpatía que aprovechaban para transmitir más fácilmente su mensaje. Deslizado en el transcurso de una conversación o de una discusión informal en el ámbito familiar, tal mensaje se ajustaba a las preocupaciones inmediatas de aquellos a quienes iba dirigido. Al participar de la pena del campesino que acababa de perder su vaca, el senderista sugería que la muerte del animal se debía no tanto a un acto de hechicería sino a la falta de suero inmunológico. Al reconfortar al labrador que había perdido su cosecha, insinuaba que la amenaza del hambre no era efecto de la cólera de Wamani sino la consecuencia de la ausencia de un técnico agrícola, de abono o de insecticida. Al margen de todo discurso doctrinal, era preciso que la población cobrase conciencia de que sus males no eran inevitables y que en lo sucesivo ya no los aceptara como otros tantos embates ineluctables del destino. Tales males tenían un responsable, el gobierno, que los ricos ejercían en beneficio propio, sumiendo al pueblo en la miseria.

Semejante trabajo de concientización se llevó a cabo con el rostro descubierto, a ciencia y paciencia de todo el mundo y, paradójicamente, durante los años del gobierno militar, bajo la protección de las bayonetas. En la primavera de 1980, todo aquel que se paseaba por los campos de Ayacucho podía comprobar que no había sido en vano. Todos los poblados lucían consignas senderistas. El español *motoso*⁵ utilizado en su redacción ponía de manifiesto el origen popular de sus autores.

En comparación con los demás grupos y partidos comunistas con los que compartía el grueso de la clientela universitaria de Ayacucho, los senderistas parecían un poco *boy-scouts*, con todo lo que este término puede implicar de generosidad ingenua y limitación intelectual. No participaban en los debates teóricos que se prolongaban hasta altas horas de la noche en las tabernas de la ciudad. Incluso manifestaban pocas aptitudes para manejar los conceptos elementales del marxismo. Llevaban pegado a la piel su origen campesino y, al verlos, se presentía al indio. Los dirigentes y superiores, entre los cuales no figuraba ningún intelectual de envergadura, eran los menos occidentalizados, los más provincianos, los más andinos de todos los miembros de la *intelligentsia* local. Fuera de algunos que habían hecho la peregrinación a Perú antes de 1957 con el propósito de fortalecer su fe, jamás habían salido del Perú y no se interesaban por el mundo exterior. Siendo objeto de burla por su voluntarismo revolucionario, que los obligaba a declarar a cada momento su intención de recurrir a las armas, los senderistas sólo fueron tomados en serio por los militantes de Puka Llacta y por una fracción de la Vanguardia Revolucionaria-Proletario Comunista dirigida por Julio César Mezzich, que se incorporó a sus filas en 1979. Puka Llacta aportó a Sendero algunas bases sólidas en la región de Cerro de Pasco donde se había establecido entre los campesinos-mineros. En cuanto a Mezzich, le entregó el control de una gran porción de la provincia de Andahuaylas donde había organizado al campesinado a comienzos de los años setenta, al amparo de los militares pero por cuenta del trotskismo.⁶ En esta región estratégica, la insurrección parece haber establecido en la actualidad sus reservas de hombres, víveres y material así como sus escuelas de cuadros políticos y militares. Es aquí donde se está formando probablemente el ejército popular.

⁵ *Motoso*, de *mote*: confusión de la *i* y de la *e*, así como de la *o* y de la *n*. frecuente en los hispanohablantes cuya lengua materna es el quechua.

⁶ La actividad de Mezzich en Andahuaylas ha sido narrada por Rodrigo Sánchez en *Tomas de tierra y conciencia campesina*, Lima, 1982.

La ideología senderista: un maoísmo a la Mariátegui

Es difícil delimitar con exactitud las posiciones ideológico-políticas de Sendero, por cuanto el movimiento parece poco inclinado a hacerle publicidad. Algunos folletos distribuidos entre los simpatizantes, un volante publicado irregularmente por el Frente de Estudiantes Revolucionarios y una pequeña revista confidencial, *Nueva Democracia*, de la que sólo se han publicado media docena de números en quince años, constituyen lo esencial de la literatura que ha producido desde su fundación. Se trata en particular de tesis, análisis y consignas cuyos textos son eco de lo que siempre ha circulado de boca en boca a través de contactos personales o en ocasión de pequeñas reuniones. Aún hoy en día, rara vez llegan a la prensa, la radio o la televisión, cuyos medios podrían contribuir a su promoción por el solo hecho de informar acerca de ellos. Mientras los intelectuales románticos que tomaron las armas en 1964 no cesaron de agobiar con llamados, comunicados y proclamas las salas de redacción limeñas hasta el exterminio del último de ellos, los senderistas, por su singular mutismo, constituyen la desesperación de los periodistas en busca de información. Ni siquiera se preocupan por reivindicar sus acciones, ni por publicar los resultados obtenidos. A lo sumo, suelen firmarlos dejando en el lugar una bandera roja. Para ellos el medio más eficiente de propaganda es el fusil.

Esta actitud hacia lo escrito y los medios masivos de comunicación en general, que sin duda está en estrecha relación con la cultura aún impregnada de tradición oral en la que Sendero se encuentra inmerso, podría quizá ser compensada mediante el recurso a un lenguaje simbólico capaz de dotarlo, a pesar de todo, de una fuerte expresividad. No es así. En un continente en el que toda insurrección comienza por un *pronunciamiento* y da lugar a hechos que despiertan las emociones y desatan el imaginario colectivo, los senderistas manejan una gama restringida de símbolos, la mayoría de los cuales es, por lo demás, de un hermetismo desconcertante. Así, la mayor parte de los limeños oyó hablar de ellos por primera vez cuando, una mañana de 1980, se descubrieron perros colgados de los faroles de la capital. Hubiesen necesitado, sin duda, mucha perspicacia para comprender que ese espectáculo macabro representaba a Deng Xiaoping y a la "banda revisionista" en el poder, y anunciaba el inicio de la "guerra popular de desgaste" en los Andes. Hay que reconocer que al apoderarse de la espada de Bolívar, piadosamente guardada en un museo cercano a Bogotá, el Movimiento Diecinueve de Abril hizo saber de

manera mucho más significativa el inicio de su lucha por la segunda emancipación de Colombia. Esta simbología de uso interno revela, por otra parte, el aspecto de secta bajo el cual se deja ver frecuentemente Sendero.

Sendero pretende inscribirse en la línea directa del pensamiento de Marx y de Lenin, tal como lo habría desarrollado creativamente Mao Tse-tung antes de establecer sus cánones. No se ubica en la dependencia de ninguna iglesia del socialismo. A su parecer, Moscú traicionó la revolución, Tirana hizo lo mismo y Pekín, a raíz de la muerte del Gran Timonel, ha seguido la vía de la traición. Los movimientos revolucionarios que existen en la actualidad en el mundo son, en su opinión, desviacionistas, revisionistas o reformistas, comenzando por los de América Central, respecto a los cuales los senderistas muestran una indiferencia casi total. Se ha dicho que los Khmers Rojos escaparían a esta condena general y sin remedio. No obstante, queda por demostrar la existencia de afinidades entre los dos movimientos postulada luego de la destrucción de las minas Canaria y de la granja modelo de la Universidad de Ayacucho, considerada como un "instrumento de penetración imperialista en la sociedad feudal". Estos actos de vandalismo son ante todo expresión de una especie de *luddismo* campesino. En todo caso, no bastan para demostrar que el Estado de Nueva Democracia, cuya edificación se propone realizar Abimael Guzmán en el Perú, se inspira en el proyecto de retorno a la sociedad exclusivamente agraria que Pol Pot ha puesto en marcha en Kampuchea. Ciertamente es que, al ignorar lo que debe ser esta Nueva Democracia, todas las suposiciones están permitidas.

El maoísmo puro y duro, cuyo celoso guardián pretende ser, contribuye a aislar a Sendero tanto en el plano internacional como en el ámbito nacional. A pesar de lo que Belaúnde afirmó en el curso de una entrevista concedida a la prensa chilena,⁷ el movimiento no recibe del exterior ninguna ayuda material, ningún apoyo financiero e, incluso, ningún auxilio moral, de suerte que debe proveer por sus propios medios a las necesidades de su empresa. En los cuarteles y puestos de las fuerzas gubernamentales encuentra armas y municiones. En las canteras y minas sustrae cartuchos de dinamita que emplea con profusión. En cuanto al dinero, proviene del "impuesto revolucionario" que pagan los ricos y al que estarían sujetos, a cambio de protección, los traficantes de drogas, que en el departamento de Ayacucho, particularmente en las provin-

⁷ *La Nación* de Santiago, en su número del 22 de septiembre de 1982, pone en labios de Belaúnde la siguiente afirmación: Sendero es "un fenómeno dirigido desde afuera".

cias de Huanta y La Mar, son numerosos. Tal aislamiento es asumido con orgullo por los dirigentes y los militantes que suelen ser proclives al mesianismo. En todo caso, contribuye a consolidar la convicción de muchos senderistas de que son los únicos depositarios de la ortodoxia revolucionaria y, por tanto, tienen en sus manos, en las cimas de los Andes, todo el porvenir de la Revolución mundial.

La segunda referencia ideológica de Sendero es Mariátegui. El movimiento toma, por cierto, su sobrenombre de la divisa inscrita en el encabezado del boletín del Frente de Estudiantes Revolucionarios: "por el sendero luminoso de Mariátegui". Pretende encontrar sus orígenes en el partido socialista fundado por este filósofo a fines de la década de los veinte, lo cual le permite reivindicar más de medio siglo de existencia. Mucho tiempo desconocido, José Carlos Mariátegui, muerto en 1930, ha llegado a ser hoy en día la figura emblemática de todos los partidos marxistas peruanos. No obstante, los senderistas se distinguen por la manera original en que concilian y combinan su pensamiento con el de Mao. En los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, publicados en 1928, encuentran la imagen de un Perú semicolonial y semifeudal, ampliamente dominado por los intereses económicos foráneos. La dependencia del exterior obstaculiza el desarrollo del capitalismo que, a falta de una burguesía, sólo puede ser promovido por una burocracia estatal. La clase dirigente, numéricamente restringida y constituida en su capa preponderante por grandes terratenientes, oprime a la inmensa masa de campesinos explotados. Este Perú presenta múltiples similitudes con la China de tiempos de la Larga Marcha que Mao analizó y con respecto a la cual estableció una praxis revolucionaria. Ahora bien, si la situación peruana es similar a la situación china anterior a la revolución, es menester y suficiente que los comunistas peruanos hagan suya esta práctica maoísta cuyo éxito ha confirmado su eficacia. La identidad de los problemas supone la identidad de las soluciones. Los senderistas se encuentran, pues, naturalmente inclinados a situarse fuera del juego electoral que se limita a "dejar al pueblo la elección de sus opresores". Porque "en un país semicolonial y semifeudal como el Perú, no puede haber democracia, y las instituciones burguesas como el Parlamento no pueden ser más que una caricatura". En consecuencia, "la participación en las elecciones y el recurso a la legalidad burguesa no permiten la acumulación de fuerzas. Tan sólo pueden favorecer el desarrollo de la vía burocrática que es la de los explotadores. Las fuerzas de izquierda deben escoger entre el cretinismo parlamentario y la vía del pueblo

que es la de la lucha armada". Ésta revestirá la forma de una "guerra popular de desgaste" que irá del campo a las ciudades y que será encabezada por el campesinado que es "el núcleo principal de las contradicciones de toda la sociedad. La guerra popular es una guerra campesina o no es nada". Resulta clara la fuente de inspiración de las ocho tesis básicas de Sendero de donde han sido extraídas estas citas.

Mariátegui se aproxima, pues, a Mao, cuyos análisis teóricos convalida. Pero Mao es la prolongación de Mariátegui en la medida en que su teoría desemboca en una estrategia de la toma del poder de la que el marxista peruano jamás se preocupó. Sin embargo, para fundamentar lógicamente el entronque entre la praxis maoísta y la teoría de Mariátegui, sería menester que el Perú no hubiese evolucionado en el transcurso de medio siglo. Ahora bien, el Perú actual dista mucho de ser el de Mariátegui. A partir de la década de los veinte, su economía se diversificó bajo el efecto de una industrialización insuficiente pero real. Su población urbana ha crecido a expensas del campo, cuyos flujos migratorios se han visto atraídos por las ciudades del litoral, razón por la cual ha llegado a ser minoritario. La reforma agraria de 1969 transformó simultáneamente, hasta en el interior del país, tanto el régimen jurídico de propiedad de la tierra como las relaciones sociales de producción. La desaparición de los grandes latifundios tradicionales, al igual que el ascenso de las clases medias, modificaron profundamente la composición de la élite dirigente. Sendero subestima todos estos cambios estructurales e, incluso, los ignora totalmente. Para los senderistas, el desarrollo del capitalismo se llevaría a cabo en el interior de estructuras "coloniales" y "feudales" invariables. Supondría apenas reajustes periódicos por parte del Estado. La Constitución de 1879 representa el último de estos reajustes que apuntan, necesariamente, en una dirección cada vez más autoritaria y más corporativa. De suerte que, "respecto al régimen militar anterior, en sus dos fases, el actual gobierno representa el continuismo fascista". El único medio de ruptura con este fascismo ascendente es la revolución, una revolución "democrática y nacional, antiimperialista y antifeudal", que tendrá como base social "la alianza obrera y campesina", pero "el campesinado será la fuerza motriz principal mientras el proletariado surge y se desarrolla como clase dirigente". Sendero Luminoso ofrece una vez más la prueba fehaciente de que el éxito de un movimiento insurreccional no depende de su ideología explícita y de la adecuación de su visión del mundo a la realidad.

Las bases sociales: población rural "descampesinada" y "desindianizada"

EN el Perú, ningún partido político ha logrado ni aun tratado de encuadrar a la población. Acción Popular y el Partido Popular Cristiano están ausentes en Ayacucho, la Izquierda Unida es desconocida y, de todos los partidos nacionales, solamente el APRA posee en la cabecera del departamento un modesto local que, por lo demás, está cerrado la mayor parte del tiempo. Las estructuras de encuadramiento técnico son tan escasas como las de encuadramiento político. La experiencia intentada por el ejército en los comienzos de la década de los setenta, con el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), que buscaba captar la adhesión popular suscitando la participación de las masas en su promoción socioeconómica, se interrumpió mucho antes del término del régimen militar. En cuanto al control territorial, éste se reduce a su mínima expresión. En cada distrito, el subprefecto nombra a un gobernador y el presidente del tribunal de primera instancia a un juez de paz entre los habitantes que conoce y que están en posibilidad de comprender las instrucciones contenidas en una circular, aplicarlas y rendir informes. De plaza en plaza, la Guardia Civil acantona a dos o tres de sus reclutas más recientes, que arma con viejos fusiles y algunos cartuchos, pero no les proporciona ni siquiera un caballo para patrullar la vastísima circunscripción confiada a su vigilancia. Crear "zonas liberadas" en un territorio subadministrado fue tarea fácil para Sendero Luminoso.

La creación de zonas liberadas, primera fase de la estrategia senderista, se llevó a cabo con un mínimo de violencia. Una vez desarmados, los guardias civiles eran expulsados con gran solemnidad, en medio de las burlas del pueblo, siempre dispuesto a festejar los chistes contra los gendarmes. Las autoridades se mantuvieron en sus funciones en todos aquellos poblados donde accedían a acatar las órdenes de Sendero antes que a las de la subprefectura, con la cual se había perdido el contacto a raíz del sabotaje al telégrafo. Pero tanto gobernadores, alcaldes y delegados comunitarios como jueces de paz, que se habían hecho odiosos por sus abusos, fueron llevados ante un "tribunal popular" y condenados ya sea a la pena capital en la plaza pública, a ser azotados, o bien a la simple tonsura, castigo andino tradicional ampliamente usado por los españoles en la época colonial para sancionar los delitos menores. Ahí donde los detentadores del poder local eran destituidos o ejecutados bajo la presión de la opinión pública, la antigua jerarquía de los *varayoc*, instituida por las Leyes de Indias para

administrar la comunidad, solía recuperar sus principales prerrogativas. Los notables del pueblo, que habían extendido su terreno a expensas de las tierras comunales, fueron forzados a restituir los bienes mal adquiridos. Los pequeños comerciantes que practicaban el préstamo usurario se vieron obligados a liberar de sus deudas a una clientela a la que concedían fácilmente crédito, pero a muy alto precio. Los maestros agregaban a sus enseñanzas un curso de marxismo-leninismo, sin dejar por ello de impartir la lección de catecismo, como los obliga el estatuto particular de la Iglesia católica en el Estado peruano. Asimismo, enseñaban a sus alumnos los himnos revolucionarios, cuyas ardientes palabras se cantan conforme a las melodías del *huayno*⁸ o a las de cánticos religiosos.

La "justicia popular" permitió, sin duda, arreglos de cuentas personales, pero sólo se mostró verdaderamente despiadada con respecto al robo y al abigeato. Este último constituye, en los Andes, tanto un azote social como una llaga económica. Los abigeos eran sistemáticamente perseguidos y abatidos por una bala en la nuca. En suma, los senderistas hacían reinar el orden, un orden igualitario, el del ideal colectivo campesino, bajo el cual parecía que resurgían antiguas estructuras comunitarias erosionadas. Por muchas razones, se asemejaban a Robin Hood, pues protegían mucho más eficazmente que el gobierno a la comunidad, al neutralizar sus elementos perturbadores. Sin embargo, presionaban también a los hombres con objeto de que ingresasen en la milicia local, la que, sola o asociada con la de los poblados vecinos, montaba operaciones guerrilleras, conforme a consignas misteriosamente recibidas. Pero, sobre todo, reclutaban autoritariamente a escolares de uno y otro sexo, a menudo de apenas doce y trece años de edad, y los enviaban lejos con el propósito de formar el ejército popular que algún día sustituiría a las milicias locales. Estas levas de jóvenes adolescentes, que no eran escogidos al azar, obligaban a las familias renuentes a la causa insurreccional, con el afán de proteger a sus hijos, a solidarizarse con Sendero en vez de sublevarse contra él. Del consentimiento forzado a la aceptación pasiva, del apoyo prudente a la convicción compartida, la adhesión popular pasaba sin duda por varios matices. De todas maneras, Sendero representaba el poder ante el cual había que someterse.

Sin embargo, al pasar a la segunda fase de su estrategia, que consistía en la organización de las zonas liberadas, Sendero abrió brechas significativas en el seno de la población bajo su control. Tales brechas, ahondadas meses más tarde, cuando las fuerzas gu-

⁸ Música popular de los Andes.

bernamentales lanzaron su contraofensiva, delimitan el medio social en el que se arraiga la insurrección. En septiembre y octubre de 1982, meses en los que se inicia el ciclo agrario, los senderistas hicieron saber que en lo sucesivo se prohibían los cultivos comerciales. Las comunidades campesinas sólo producirían lo necesario para la satisfacción de sus necesidades. Debían ser autosuficientes. No debían entregar ni comprar nada en el mercado. A fin de impedir que los campesinos cayeran en la tentación de infringir tal prohibición, las ferias y mercados regionales fueron cerrados uno tras otro. En enero de 1983, la feria de Lirio fue saqueada y se bloqueó la carretera que conduce a Huanta, y que semana tras semana era transitada por los negociantes de esta ciudad. Meses más tarde, los comerciantes de Ayacucho que controlaban el mercado de Ocro, al igual que los de Huancavélica que controlaban el de Paucará, fueron a su vez expulsados y se les instó sin comedimiento a no regresar jamás. Era preciso "hambrear a las ciudades" reorientando la producción campesina y destruyendo la red comercial a través de la cual se tenía acceso a los asentamientos urbanos.

Las comunidades más propensas a reaccionar contra estas nuevas disposiciones fueron aquellas que aún vivían esencial o exclusivamente de la actividad agrícola. Tales comunidades son a la vez las más campesinas, las más indígenas y las que se encuentran situadas a mayor altura. En las altas laderas o en la estepa, habitan parajes cuya altitud sobrepasa los 3 800 metros; al privarlas del acceso directo al mercado, Sendero no sólo perturbaba su frágil equilibrio económico, sino que las obligaba ante todo a aprovisionarse en los poblados del valle, a precios mucho menos ventajosos, de todo aquello que no producían y les era indispensable. Las forzaba a retornar a las viejas relaciones de intercambio desigual que tienen lugar entre las aldeas de las zonas altas y los poblados del valle, relaciones a las que los primeros tratan de escapar por todos los medios. Por un efecto imprevisto de su estrategia estrechaba los viejos lazos de dependencia que se establecen según los diferentes niveles de altitud, lazos que la población de las zonas altas trata obstinadamente de distraer cuando no puede romperlos.

El cierre de la feria de Lirio fue probablemente el factor decisivo de la revuelta de las comunidades de las estepas de Huanta contra el poder senderista. A mediados de enero de 1983, todas estas comunidades agropastoriles, asentadas a más de 4 000 metros de altura, pusieron fin a sus diferencias a raíz de dos reuniones organizadas clandestinamente por sus dirigentes en Huaychao y Uchuraccay, y constituyeron una suerte de federación que declaró

la guerra a Sendero. No se trataba de defender al gobierno legal c ntra la insurrección sino, más concretamente, de resistir al dominio ejercido por Balcón, Chacabamba y otros poblados situados más abajo, y cuyos habitantes aprovechaban la supresión de los mercados para comprar a las gentes de la estepa papas y borregos a bajo precio y venderles caro alcohol de quemar, velas, sal y aguardiente. En Uchuraccay, Huaycho, Carhuaurán, los pocos simpatizantes senderistas fueron ejecutados por aparecer como los agentes a sueldo de estas aldeas más aculturadas que parecían querer recuperar a través de Sendero, al que se adherían, la influencia que antes ejercían en las zonas altas.

Para los asentamientos de las zonas altas, el poblado del valle representa un centro de extorsión económica directa, al igual que de dominación política y social inmediata. Es allí donde hay que desempeñar las mayordomías, hacer las faenas, pagar multas y contribuciones, sin recibir nada a cambio. En efecto, estos aldeanos monopolizan las funciones de autoridad en el distrito administran en beneficio propio el presupuesto municipal y se muestran generalmente poco dispuestos a que el resto de la colectividad territorial se beneficie con las raras y modestas comodidades de que pueden gozar. Tampoco vacilan en obligar a las aldeas y caseríos de las zonas altas a prestar servicios de pastoreo a cambio de productos agrícolas miserablemente distribuidos, y a enviar a sus rebaños a los pastizales que los habitantes de la estepa roturan y cultivan a fin de acabar con su condición de pastores y mejorar su suerte. Los interminables litigios a propósito de la atribución y utilización de los pastos comunales revelan las tensiones que existen permanentemente en cada colectividad territorial entre la periferia y el centro, es decir, entre las zonas altas y el valle. A través de ellas se manifiesta la tendencia centrífuga de los poblados periféricos de las alturas que desean no sólo poseer un asentamiento territorial sino, además, obedecer únicamente a sus propias autoridades, conservar el uso exclusivo de su fuerza de trabajo y celebrar localmente las fiestas inscritas en el calendario ritual. Esta tendencia a la disidencia alienta a cada poblado a reclamar, en primer lugar, el estatuto de anexo y, en segundo término, el de distrito, cuya obtención trae aparejada la escisión de la colectividad territorial y consagra su plena independencia con relación al poblado.*

* Sobre las tensiones que existen en todas las comunidades y sobre el movimiento de disidencia de los asentamientos periféricos de la montaña con relación al centro, véase Henri Favre, "Le peuplement et la colonisation agricole de la steppe dans le Pérou central", en *Annales de Géographie*, núm. 464 (1975).

Esto fue lo que hizo Lucanamarca desde los años cuarenta. Tras largas y costosas gestiones en Ayacucho y en Lima, este pequeño poblado fue sustraído de la tutela de Huancasancos y erigido en distrito independiente en 1962. Desde entonces constituye la cabecera de una nueva colectividad territorial nacida de la división de la antigua. En 1982, algunos habitantes de Huancasancos, cuya población había abrazado la causa de Sendero, entraron en Lucanamarca, destituyeron a las autoridades y otorgaron el poder local a los hermanos Olegario y Wilmer Curitamai, que figuraban entre los escasos elementos senderistas de la localidad. No cupo la menor duda a los habitantes de Lucanamarca de que su poblado se encontraba invadido y ocupado por aquéllos frente a los cuales había conquistado su independencia. El llamado a la "solidaridad de clase", lanzado por Huancasancos, no podía sino enmascarar la intención artera de colocar de nuevo al poblado bajo el yugo del que veinte años atrás se había liberado. En realidad, el poder senderista sólo se mantenía gracias al apoyo prestado por las milicias de Huancasancos, Sacsamarca y otros asentamientos del valle. Tan pronto como las fuerzas gubernamentales se manifestaron en la región, vaciló. En enero de 1983, respondiendo al llamado del viejo Marciano Huancahuari, que había sido el promotor de la causa independentista y era considerado el "padre fundador" del distrito, Lucanamarca se sublevó contra los Curitamai. Sin embargo, el 9 de febrero, los Curitamai, auxiliados por los milicianos del valle, recuperaron el control del poblado y ejecutaron a Huancahuari, a su mujer y a su yerno. Pero, a mediados de marzo, fueron expulsados y perseguidos por los habitantes, quienes lograron capturar y ejecutar a Olegario, cuyo cadáver fue incinerado en un horno para pan. Wilmer juró vengar a su hermano y, a comienzos de abril, lanzó de nuevo un llamado a sus aliados senderistas que perpetraron la masacre por todos conocida.

Al designar al gobierno o al Estado como adversario, Sendero no puede tener eco en las comunidades de las alturas que viven en el límite de la ecumene. Lejos de ser percibido como el depredador de antaño cuando se les presentaba bajo un aspecto puramente fiscal, el Estado aparece ante estas comunidades como el dispensador de bienes culturales estratégicos. Es él que implanta la escuela gracias a la cual las nuevas generaciones aprenderán a leer y a escribir, y hablarán el español, cuyo valor instrumental es plenamente reconocido. Es él que construye la carretera o el puente que pondrá fin al aislamiento del poblado, facilitando el acceso a la ciudad y al mercado. Y es de él que depende la erección, tan deseada, del poblado en colectividad territorial. A pesar

de la lentitud con que da respuesta a todas estas demandas sociales, el Estado sigue siendo la instancia por la cual hay necesariamente que pasar para poder acceder al umbral de la modernidad.

Por otra parte, Sendero no tiene gran cosa que proponer a esta capa de la población rural que sigue siendo auténticamente campesina. La reforma agraria, que en otros tiempos y en otras circunstancias contribuyó poderosamente a movilizar a un campesinado hambriento de tierra, ya se llevó a cabo. En Ayacucho, por lo demás, los latifundios comenzaron a fragmentarse y a desaparecer mucho antes de que se instituyese la ley a fines de la década de los sesenta. Fuera de pequeñas y medianas propiedades, de las cuales los senderistas suelen apoderarse para redistribuirlas en minúsculas parcelas, ya no hay tierra para repartir. La perspectiva de que un comunero un poco menos pobre que los demás sea expropiado puede excitar la envidia, el espíritu igualitarista o el deseo de venganza del poblado. Ella no basta, sin embargo, para movilizar tras la bandera del marxismo-leninismo y del pensamiento de Mao al conjunto de los campesinos para quienes el compromiso de la insurrección senderista es casi nulo.

Así, mientras más campesina, más indígena, sea una comunidad y esté situada a mayor altura, parece menos receptiva a Sendero. Por el contrario, mientras una comunidad rural sea menos campesina, menos indígena, y esté situada a menor altitud en el entorno ecológico vertical de los Andes, se muestra más sensible al mensaje senderista. Es en los poblados y en las aldeas de los altos valles intraandinos, situados entre los 2 500 y 3 600 metros, donde la insurrección ha echado profundas raíces. Estos asentamientos, que en diversos grados reciben los influjos urbanos, se ven afectados en su potencial demográfico por las corrientes migratorias internas. Asimismo, están desorganizados en diversos grados. Sus habitantes obtienen de la agricultura sólo una parte, con frecuencia accesoria, de sus ingresos. Muchos combinan la actividad agrícola con otras ocupaciones estacionales o temporales que los retienen en el exterior parte del año y los obligan permanentemente a una fuerte movilidad geográfica. Estos semicampesinos que se encuentran en los cuatro puntos cardinales del Perú como mineros, comerciantes ambulantes, braceros, albañiles en obras públicas, según las oportunidades de empleo que se ofrecen, constituyen el terreno fértil en el que Sendero prospera en Ayacucho. De acuerdo con la fórmula consagrada por el maoísmo, representan el agua en la que evoluciona el pez insurreccional, es decir, el militante senderista básico, que es un hombre rural pero ya no un campesino ni un indio.

Sendero Luminoso en el contexto peruano actual

Es tentador —y, en cierta forma, tranquilizador— explicar las razones del éxito que Sendero tiene en Ayacucho gracias a factores específicamente regionales. Algunos destacan, en efecto, que este departamento es el más pobre y el más atrasado del Perú, con los de Huancavélica y de Apurímac que le son limítrofes. Apenas el 4 por ciento de las tierras son cultivables, mientras el 60 por ciento de la población vive en el campo. La industria es inexistente, la productividad agrícola muy exigua a causa de las técnicas arcaicas que utilizan tanto agricultores como ganaderos. La red de escuelas abarca sólo el 36.5 por ciento de los niños en edad escolar, de suerte que el 68.5 por ciento de los habitantes mayores de quince años son analfabetos. La situación sanitaria es deplorable: en 1980 sólo había 30 médicos y 16 dentistas para un total de 543 000 personas cuya esperanza de vida no llegaba a los cuarenta y cinco años de edad. En el mismo año, sólo el 6.5 por ciento de las familias disponía de agua potable en su domicilio y sólo el 5.7 por ciento de electricidad. Del total de las inversiones efectuadas por el Estado entre 1968 y 1980, la región recibió únicamente el 0.6 por ciento. Por su pobreza y atraso, Ayacucho, abandonado por las autoridades, habría ofrecido a los senderistas condiciones excepcionalmente favorables como en ninguna otra parte. En suma, Sendero habría avivado el fuego en la única región del país donde podía estallar una insurrección.¹⁰

Aun si se admitiesen las conclusiones a las que llega este razonamiento, no sería posible aceptar las premisas. La pobreza, el atraso, favorecen el conservadurismo mucho más que la revolución. Los Somoza reinarían quizá todavía en Managua, si el último vástago de la dinastía, rompiendo a principios del último decenio con la política familiar, no hubiese conducido a su país por la vía del desarrollo. Pero estas conclusiones incluso se encuentran desmentidas por la extensión progresiva de la actividad de Sendero, que ya no puede ser considerado como un movimiento de carácter regional y puramente rural. La insurrección se ha extendido como mancha de aceite: ha rebasado los límites del centro-sur de la Sierra alcanzando al medio urbano. En las barriadas y en los cinturones de miseria de la capital donde se hacían los provincianos procedentes de los Andes, dispone de una organización vertical y compartimentada cuya eficacia ponen de manifiesto repetidos actos de terrorismo. De conformidad con los buenos principios de la clan-

¹⁰ Es la tesis sostenida particularmente por Raúl González en *Quebecer*, núm. 19 (1982).

destinidad, las células de cinco miembros que constituyen la base de esta organización sólo se comunican entre sí por medio de sus responsables. Pero el jefe de una célula únicamente permanece en contacto con otros tres responsables y tan sólo uno de ellos establece el enlace con el nivel inmediatamente superior, de tal suerte que en cada nivel de la organización nadie puede conocer a más de ocho militantes.

En definitiva, el verdadero significado de Sendero sólo aparece al examinar el conjunto del contexto peruano. Este contexto se caracteriza, en primer lugar, por el derrumbe tanto social como económico de todo el Perú interior. En los Andes, la vieja formación hispanocolonial, cuyos rasgos señoriales se vieron agudizados por la República en sus primeros años, ya no existe ni en estado de vestigio. El proceso de descomposición en el que entró hacia los años veinte y que, a diferentes ritmos, prosiguió según las regiones, ha culminado. El régimen militar lo remató a través de las reformas audaces y a menudo brutales que promovió entre 1968 y 1975, en el curso de su primera fase. Las élites terratenientes han desaparecido sin haber sido sustituidas por cuadros técnicos, políticos o sindicales. Los notables de las pequeñas ciudades, empobrecidos, han enviado a sus hijos a la capital. Los agricultores más idóneos para convertirse en empresarios agrícolas han abandonado la tierra por empleos urbanos. El flujo de las migraciones, que no ha cesado de incrementarse desde 1940, ha llevado hacia la costa, donde en la actualidad reside más de la mitad de los peruanos, a los efectivos más dinámicos de la población. Los Andes ofrecen dondequiera el espectáculo desconsolador de una sociedad devastada, que vive en el marasmo, cuyas estructuras han sido destruidas y en la cual no se manifiesta el menor indicio de renovación.

El interior andino ha resentido profundamente el efecto de una política tendiente a arrancar a los campesinos del campo con miras a suministrar a la industrialización de la costa la fuerza de trabajo que requiere. Ahora bien, el desarrollo industrial se ha realizado sobre la base de tecnologías modernas, con frecuencia introducidas por firmas transnacionales, que requieren inversiones de capital cada vez más costosas, pero cuya puesta en operación necesita un número cada vez menor de trabajadores por unidad de capital invertido. Inferior a las previsiones, la capacidad de generación de empleos de la industria se revela, asimismo, muy inferior respecto de las necesidades. En estas condiciones, la transferencia de mano de obra del campo a las ciudades del litoral, que se lleva a cabo en el momento en que la demografía crece a una tasa anual media del 3 por ciento, ha saturado aún más el mercado de trabajo.

Ha contribuido a incrementar las filas de aquellos que, al no poder proletarizarse ingresando en la clase obrera, cuyos efectivos siguen siendo casi estables, viven en la mayor precariedad. La masa de estos individuos subempleados o sin empleo que subsisten pasando de una ocupación temporal a una actividad todavía más precaria, y que se encuentran en una situación de ingravidez social, representa en la actualidad más de la mitad de la población económicamente activa.¹¹ Así, el modelo de desarrollo definido en los años cuarenta habría sido incapaz de asegurar la incorporación al sistema socioeconómico de por lo menos la mitad de los peruanos. Su agotamiento, anterior a la crisis mundial, pero puesto de manifiesto de manera patente por ella, ha provocado el surgimiento en el seno de la sociedad de una nueva división, mucho más fundamental que la división en clases. Esta nueva división opone el sector integrado de la población al sector no integrado, en el cual Sendero se encuentra plena y totalmente inmerso.¹² Por otra parte, el agotamiento del modelo de desarrollo frenó brutalmente la sorprendente movilidad social que el Perú conoció en los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Ciertamente, los canales institucionales de movilidad social siguen existiendo, pero tienden a cerrarse cada vez más. Las treinta y cinco universidades peruanas albergan a tantos estudiantes como hasta hace poco tiempo, si no es que a más. No obstante, los egresados ya no encuentran oportunidades de empleo que correspondan a su nivel de preparación e, incluso, no encuentran ninguna oportunidad. Las escuelas primarias y secundarias "cholifican" a un número igual, si no mayor, de indígenas que en el pasado. Sin embargo, el *cholo*¹³ ya no logra introducirse en la pirámide social para, más adelante, escalar los estratos. Tipo social volátil, tiende a convertirse en categoría social a partir del momento en que sus valores, como el individualismo agresivo, cesan de ser operativos. Semejante trombosis, que afecta a la sociedad entera, engendra profundas frustraciones a las que expresa, sin lugar a dudas, la violencia senderista.

¹¹ En su discurso pronunciado ante el Congreso, el 27 de agosto de 1980, Manuel Ulloa, entonces presidente del Consejo, declaró que "apenas un poco más del 40 por ciento de la fuerza de trabajo posee un empleo estable". Evaluó al 7% la tasa del desempleo y al 52% la tasa del subempleo.

¹² En un país como el Perú, donde el Estado se ha debilitado al punto de gravar impuestos solamente a una porción de la actividad económica, como lo muestran los notables trabajos del Instituto Libertad y Democracia en Lima, conviene distinguir el sector no integrado del sector informal que todavía es mucho más vasto.

¹³ Indígena aculturado,

Sendero es el producto del encuentro detonante de una *lumpen intelligentsia* y de un medio *cholo* que no se resigna a tener que permanecer al margen del cuerpo social. Profundamente integracionista, rechaza la exclusión y la marginación en nombre mismo del viejo proyecto nacional que otro modelo de desarrollo debería permitir revitalizar y realizar conforme a los ideales de los fundadores de la República. En este sentido, se opone radicalmente a los movimientos indianistas que levantan un acta de fracaso del Estado-nación y se proponen organizar a los excluidos y marginados sobre bases étnicas. Sendero y estos movimientos que se apoyan en la indianidad, y para los cuales el futuro está en el retorno al pasado, comparten, no obstante, las mismas características sociales. Representan quizá las posiciones extremas entre las que se ubica la gran variedad de movimientos nuevos que cobran vida y se enraízan en el sector hoy en día no integrado en América Latina, y cuyo inventario queda por establecer, su tipología por elaborar y su análisis por realizar.

Traducción de Valquiria W'ey